

**José Martínez Millán  
Manuel Rivero Rodríguez**

# **Historia Moderna**

**Siglos xv al xix**

**Alianza Editorial**

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Manuel Rivero Rodríguez y José Martínez Millán, 2021

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

ISBN: 978-84-1362-526-3

Depósito legal: M. 21.606-2021

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL,  
ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

# Índice

1. Qué es la Edad Moderna .....	13
Edades, periodos y estudios históricos .....	13
Historia Moderna (temprana): una disciplina .....	22
La definición de la Edad Moderna desde un nuevo paradigma .....	28

## **I parte**

### **La crisis de la estructura de la Cristiandad: Iglesia e Imperio**

2. La sociedad de los príncipes. El sistema de Corte .....	37
El sistema cortesano .....	37
Fundamento filosófico de la organización política cortesana .....	40
El rey como Pater Familias .....	44
Distribución de la gracia .....	46
Etiqueta y ceremonial .....	49
La cultura cortesana .....	51
3. Renacimiento y Humanismo .....	55
Renacimiento y Humanismo .....	55
El pensamiento político: del «vivere civile» al príncipe ideal .....	64
Ciudades, palacios, antigüedades y arquitectos .....	76
4. La apertura del mundo .....	87
Exploraciones y comercio .....	87

La Cristiandad afligida: el turco a las puertas.....	94
El camino de la India, el descubrimiento de las Indias y el dominio del mundo ....	100
Conquista de América .....	104
5. La crisis de la Cristiandad.....	115
La Cristiandad y el Papado.....	115
La ruptura religiosa y la expansión de la Reforma .....	120
La reforma radical: anabaptistas y guerra de los campesinos (1525) .....	126
Reformadores críticos y continuadores de Lutero .....	129
La difusión de la Reforma y su repercusión política .....	140
6. La ordenación de la Monarquía hispana bajo el emperador Carlos V.....	147
La organización de los reinos: la Casa Real.....	147
Establecimiento del sistema virreinal .....	151
El sistema italiano .....	158
El final de la vía flamenca.....	171
Carlos V, «Monarca Universal».....	175
Ideología religiosa y humanismo .....	182
7. La organización cortesana de las monarquías europeas.....	189
La Monarquía portuguesa.....	189
La Compañía de Jesús, la expansión portuguesa y la casa de Avis .....	198
La Monarquía de Francia.....	204
Reforma e Iglesia nacional en Francia .....	212
La Monarquía de Inglaterra y la separación de Roma .....	218
<b>II parte</b>	
<b>La lucha por la <i>Monarchia Universalis</i></b>	
8. El Concilio de Trento y la Monarquía papal.....	235
La confesionalización católica. El Concilio de Trento.....	235
Cruzada, Guerra Santa y preeminencia papal: la Santa Liga .....	245
La Monarquía absoluta del romano pontífice .....	249
9. La confesionalización católica. La <i>Monarquía Universal</i> de Felipe II .....	255
La organización de la Monarquía Hispana: la casa de Borgoña y las facciones cortesanas .....	255
Organización administrativa de la Monarquía: los consejos .....	259
El asentamiento de las cortes virreinales .....	264
El proceso de confesionalización .....	267
10. La revuelta de los Países Bajos y la confesionalización calvinista .....	277
El gobierno de los Países Bajos y la revuelta contra Felipe II .....	277
La división de los Países Bajos: la unión de Arrás y la unión de Utrecht .....	286

La expansión del calvinismo, la «Segunda Reforma».....	288
La cuestión de la tolerancia. La disputa arminiana .....	291
11. Las monarquías europeas ante la hegemonía española.....	295
Inglaterra bajo Isabel I.....	295
Guerras de Religión en Francia .....	307
La hegemonía española: unión de las monarquías ibéricas y Gran Armada .....	326
Enrique IV de Francia: el Edicto de Nantes y la Paz de Vervins .....	329
12. La revolución de los precios y la economía europea.....	335
Crecimiento económico en los siglos xv y xvi.....	335
La «revolución de los precios».....	338
La situación de España: el impacto de la Corte de Madrid.....	341
13. De la <i>Monarchia Universalis</i> a la <i>Monarquía Católica</i> de Felipe III de España .....	347
La quiebra de la <i>Monarchia Universalis</i> .....	347
La Monarquía Católica .....	354
Cambios institucionales y política exterior .....	362
14. Paz armada y quiebra del <i>statu quo</i> europeo y mundial .....	367
El papado de la restauración católica .....	367
Paces, treguas y guerras periféricas.....	374
El milagro holandés .....	378
El dominio de los mares .....	385
<b>III parte</b>	
<b>La ruptura del concepto <i>Monarchia Universalis</i> y la búsqueda de un equilibrio político separado de la religión</b>	
15. La destrucción de la <i>Monarchia Universalis</i> : la Guerra de los Treinta Años.....	393
La crisis de Bohemia y el estallido de la Guerra de los Treinta Años.....	393
El conflicto confesional (1621-1635).....	400
El conflicto «político» (1635-1648).....	412
Las paces de Westfalia y la construcción de un nuevo orden .....	416
16. Alteraciones y revueltas, ¿un tiempo de crisis? .....	427
Las reformas de Olivares y la crisis de 1640 en España.....	427
Francia: el gobierno de los cardenales y las frondas.....	438
Rebelión y guerra civil en las islas británicas .....	445
Un mundo en equilibrio: crisis, estabilidad y cambio de paradigma .....	455
17. Potencias marítimas, expansión comercial y crecimiento .....	459
Cambio económico, estacionamiento demográfico y expansión comercial.....	459
La transformación de las islas británicas, el «Designio Occidental» de Cromwell ..	466

La competencia angloholandesa y la transformación del comercio internacional .	472
Restauración Estuardo en Inglaterra.....	479
El Imperio, Polonia y Rusia: el retroceso otomano.....	485
<b>18. La Monarquía de Luis XIV .....</b>	<b>495</b>
El periodo de regencia y la organización de la Monarquía francesa .....	495
Redes ministeriales y gobierno del rey .....	500
Luis XIV y el catolicismo .....	501
La política exterior .....	504
El reinado de Luis XV.....	508
<b>19. De la casa de Habsburgo a la de Borbón: reordenación constitucional de la Monarquía hispana .....</b>	<b>515</b>
El final de la dinastía Habsburgo en España.....	515
La política exterior y la cuestión sucesoria .....	522
La nueva dinastía: continuidad y cambio bajo Felipe V de Borbón .....	528
Luis XIV y Felipe V: el gobierno de España .....	537
El cardenal Alberoni y las relaciones con la Iglesia.....	542
La nueva política exterior española en el sistema de equilibrio.....	548
<b>20. De la revolución inglesa de 1688 a la instauración de la dinastía Hannover.</b>	<b>555</b>
Expulsión de los Estuardo y Revolución Gloriosa.....	555
El establecimiento de la dinastía hanoveriana .....	558
Jorge II y la política de partidos.....	564
<b>21. La crisis de la «conciencia europea».....</b>	<b>569</b>
La lucha ilustrada por la tolerancia.....	569
El arquetipo de la República de las Letras.....	573
La visión mecánica del mundo .....	576
El surgimiento de la idea de «progreso».....	580
<b>22. La configuración del sistema europeo .....</b>	<b>583</b>
El principio dinástico y el sistema de equilibrio .....	583
Rivalidad colonial y orden mundial .....	594
La economía europea a comienzos del siglo XVIII.....	601
La economía española y el comercio de Indias en la primera mitad del siglo XVIII	606
 <b>IV parte</b>	
<b>La política basada en la razón</b>	
<b>23. El absolutismo ilustrado .....</b>	<b>613</b>
Ilustración, absolutismo y reformas .....	613
El absolutismo en las relaciones internacionales y en política exterior .....	618
La Revolución diplomática .....	624

24. Los déspotas del este de Europa.....	629
El surgimiento de Prusia como potencia .....	629
Poder de la Corona y «Junkertum» .....	634
El absolutismo ilustrado en el Imperio: María Teresa de Austria y Hungría .....	636
De Pedro III a Catalina la Grande: el absolutismo en Rusia .....	644
25. Gran Bretaña y la independencia de las Trece Colonias.....	653
Los proyectos de Jorge III y la realidad política .....	653
La independencia de las Trece Colonias.....	658
Consecuencias de la independencia americana en Inglaterra.....	667
26. El absolutismo ilustrado en España .....	673
Fernando VI y el reformismo .....	673
Carlos III, el impulso ilustrado.....	679
Las reformas del absolutismo ilustrado .....	685
27. Vísperas de la Revolución: la Monarquía francesa.....	691
La etapa de madurez del reinado de Luis XV .....	691
Luis XVI, continuidad y cambios .....	695
Guerra en América, crisis económica y política .....	697
28. La crisis del absolutismo en España y la América española.....	703
De reinos a colonias: la transformación de América .....	703
Las reformas económicas: los vales reales y la creación del Banco de San Carlos..	708
Carlos IV ante la crisis del sistema .....	712
El comercio de Indias y la economía peninsular entre los siglos XVIII y XIX.....	718
La Monarquía frente a la situación internacional .....	722
29. Los fundamentos ideológicos: la Ilustración.....	727
La forma de conocer del ser humano .....	727
El estudio de la naturaleza y el nuevo método científico .....	730
La esfera pública y sus límites .....	733
La separación entre moral y política .....	736
30. Las revoluciones y el nacimiento de un nuevo paradigma.....	739
La gran transformación: América y la libertad .....	739
La Revolución Francesa, la República y el Imperio .....	745
Impacto de la Revolución: la desarticulación y rearticulación del mundo .....	758
Las revoluciones «burguesas».....	766
Epílogo: la sustitución del «sistema cortesano» por el paradigma del «estado nacional».....	769
La idea de progreso de la Ilustración .....	770
La quiebra del modelo cortesano. El espíritu del pueblo .....	775
El surgimiento del nacionalismo y la implantación del paradigma estatal.....	780
Bibliografía.....	783
Índice onomástico .....	825





# 1. Qué es la Edad Moderna

## Edades, periodos y estudios históricos

Al hablar de *Historia Moderna* es obligado hablar de etapas y periodos históricos, del problema del ritmo o de la periodización de la Historia y de su división en edades. Dicha división se concibe en apariencia desde una utilidad pedagógica, de una necesidad de hacer accesible y comprensible el relato histórico, pero responde sobre todo a una visión lineal y progresiva de la Historia, basándose por tanto en un punto de vista ideológico, en la creencia de la progresión del tiempo. Como señaló Dietrich Gerhard, tal interés pedagógico no resulta por tanto del todo correcto, proyecta una imagen de la Historia que otorga un interés mayor por el cambio y concede excesiva importancia a fenómenos o acontecimientos que son valorados desde intereses actuales, buscando precedentes (Gerhard, 1991).

La división en edades o etapas no es inocente, no viene dada por la naturaleza, sino que es un artificio que enfatiza el cambio por encima de los rasgos de continuidad, «moderno» ya indica mejora, progreso o avance. Suele atribuirse esta convención a un profesor de la Universidad de Halle de finales del siglo XVII, Cristobal Zeller. Más conocido por la versión latinizada de su apellido, Cellarius, escribió *Historia medii aevi a temporibus Constantini Magni ad Constantinopolim a Turcis captam*, publicada en la imprenta de Zeitz en 1688, quien tomó como hilo argumental para detectar el cambio histórico en la pureza y elegancia del latín. La época de retroceso

y mal uso de la lengua la etiquetó como *Medii Aevi*, situándola entre dos momentos de elegancia, la edad *Antiqua* y la *Nova*, en donde su recuperación implicaba al mismo tiempo progreso. La edad *Antiqua* abarcaba desde Rómulo y Remo hasta Constantino el Grande y la *Nova* comenzaba con la toma de Constantinopla por los turcos, mientras que la *Media*, su verdadero objeto de estudio, quedó entre ambas como una grieta o ruptura.

Diez años antes de la publicación de la *Historia medii aevi* de Zeller, Du Gange también había tomado la pureza del latín como criterio con el que clasificar los tiempos históricos en su *Glossarium ad scriptores mediae et infimae latinitatis* (París, 1678). De modo que fue una lengua muerta la que servirá como hilo argumental del cambio histórico, entendido no como superación o mejora sino como retorno. Respondían dichos autores a la percepción cíclica de la historia propia del mundo grecolatino, a la noción de la Historia como *Magister Vitae*, modélica, aplicable a todo momento y circunstancia, siguiendo la senda de los historiadores renacentistas, Guicciardini, Le Roy, Pasquier, cuyas obras están llenas de máximas y consideraciones acerca de la naturaleza y motivos humanos, buscando en la narración del pasado una explicación para el presente. Así, el adjetivo *nova* fue la forma de calificar una idea ampliamente extendida entre los humanistas, la de vivir un tiempo nuevo que abría el retorno del mundo clásico. Fue Petrarca quien habló de los *tempi oscuri*, de la «barbarie» felizmente superada, del retorno de la elegancia del latín clásico y la recuperación de lo *antiguo*.

Pero en el siglo XVII, *nova* ya no se entendía de la misma manera, se substituyó por *moderna* siendo ese aparentemente pequeño matiz lo que origina una concepción de la Historia diferente, progresiva. *Moderno* rompió el ‘paralelo’ igualitario entre la primera y la tercera edad, siendo la nueva original y superior a la antigua. Fue resultado de un largo debate conocido como la *Querella entre «Antiguos» y «Modernos»* (Bury, 2009, pp. 87-106; Maravall, 1966, pp. 135-142).

Dicha *Querella* puso de relieve que, desde su primera formulación, la idea de periodizar no puede separarse de la voluntad de dar dirección al pasado, en mostrar la calidad de los tiempos e imprimir en la conciencia una idea, ya sea de progreso ya de fijar en el pasado una edad de oro a la que regresar. Así, se advierte la importancia de otro concepto, *Edad*. Este procedía de la división helenística del tiempo en cuatro imperios o monarquías, elaborada posteriormente por la historiografía judeocristiana, y su exposición más conocida es la que hallamos en la Biblia, en la profecía del libro de Daniel. Una profecía que en el siglo XVI popularizó Sleidan en su obra *De quatuor monarchiis*, que tuvo gran eco en la Alemania reformada, siendo reformulada por Giovan Battista Vico en el sentido en el que hoy se usa. Organizar el pasado por edades significa ligar la Historia a un porvenir transcendental, pues los imperios asirio, persa, griego y romano prepara-

ban la llegada de un quinto y definitivo imperio. La superación progresiva de las edades conducía hacia un final determinado, el fin de la Historia, de modo que el fin del dolor, del sufrimiento era indudablemente el fin de la Historia (MacKenney, 2005, pp. 18-23; Panofsky, 1975).

Durante mucho tiempo la Edad Moderna se resistió a ser un periodo definido. En los primeros tiempos en que la Historia se empezó a considerar ciencia no fue en modo alguno un tema en el que existiera consenso, sobre todo por el mismo contenido teleológico que implicaba. Para Leopold von Ranke, los tiempos modernos nacían con el cristianismo, con la fundación de una religión universal (Ranke, 1984, pp. 92-95). No se trataba de una excentricidad del creador de la ciencia histórica, no mucho tiempo atrás, en el siglo XVIII, se crearon las cátedras de Historia Moderna de Oxford y Cambridge definiendo su enseñanza a la del periodo histórico siguiente a la Edad Antigua. El cristianismo marcaba la diferencia. Aun cuando la división tripartita en edades Antigua, Media y Moderna fuera afianzándose en los programas de estudio del siglo XIX, aún tardó en aceptarse la existencia de una división tripartita del tiempo histórico, pues sobre lo moderno no hubo consenso ni sobre su denominación ni sobre lo que representaba hasta la plena institucionalización de los estudios históricos en las universidades, ya muy avanzado el siglo XIX (Dooley, 2014).

Cabe advertir que en todos los casos en los que los historiadores establecen el momento de inicio de los tiempos modernos, lo harán atendiendo a innovaciones que señalen de forma visible un cambio sin retorno, un camino nuevo. La definición conceptual de la modernidad se materializó al buscar el momento en que se comenzó a «pensar como nosotros pensamos», en palabras de Troeltsch. Jules Michelet eligió la expedición de Carlos VIII a Italia y la fecha de 1494 como momento inicial de una nueva era, en la cual la cultura del humanismo italiano se iba a difundir por toda Europa gracias a la influencia francesa. En su séptimo volumen de la *Histoire de France*, mejor que Edad Moderna, consagró Renacimiento como época histórica agregándole no sólo los tópicos habituales referidos a la recepción del mundo clásico, el florecimiento de las artes y las letras, sino también la revolución científica, los descubrimientos geográficos y los cambios tecnológicos, con especial atención a la imprenta. Al mismo tiempo, los historiadores alemanes observaron el Renacimiento como antesala de la Reforma, fijando en ambos conceptos el nacimiento de la modernidad (Bentley, 1998; Breisach, 2007).

Así, la Edad Moderna y su estudio como disciplina histórica se fijó como ruptura y superación de lo medieval mediante una cadena de ‘revoluciones’ transformadoras en la ciencia, la economía, la guerra, la tecnología, los transportes, la política y la cultura. Todo ello bajo el signo de la secularización y la racionalidad en todo tipo de acciones humanas. Su noción se impuso desde el «actualismo», entendiendo por tal la proyección del pre-

sente en el que escribían los historiadores al pasado que estudiaban. Capitalismo, librepensamiento, democracia, secularización son las ideas que emergen entonces y cobran fuerza con el paso del tiempo imponiéndose a la ignorancia, el fanatismo y el oscurantismo medievales. Y de todos los conceptos, *Nación* y *Estado* son los términos que construyen y dan sentido a la Historia, como ya destacó Hegel: la ciencia histórica se ocupa de naciones que construyen su Estado (Bentley, 2005).

El historicismo alemán puso el énfasis en esa noción de modernidad que contemplaba las unificaciones nacionales, italiana y alemana, como el final de un largo proceso de cambio ininterrumpido. Konrad Burdach (1859-1936), en su obra más influyente, *Significado y origen de los términos Renacimiento y Reforma (Sinn und Ursprung der Worte Renaissance und Reformation)*, Berlín, 1910), señaló que la modernidad nació cuando se enunciaron ambos términos; el primero despertó la conciencia nacional italiana cuando Cola di Rienzo lo enunció al llamar a la *libertà d'Italia* y se completó cuando Lutero utilizó el segundo para despertar la conciencia de la nación alemana. Esta idea no era nueva, la había popularizado Wagner en su ópera *Rienzi* y formará parte del universo cultural del nacionalismo alemán. No cabe duda de que, hasta fechas muy recientes, esta interpretación ha logrado tomar carta de naturaleza identificándose ambos fenómenos como inseparables y solidarios, emparejando el nacimiento de lo moderno. Así sigue manteniéndose en muchos libros de texto y síntesis muy celebradas. Desde entonces, y con pocas alteraciones, se ha hecho el análisis de este periodo desde categorías nacionalistas proyectadas al pasado, relatando la fijación paulatina de un pueblo en un territorio determinado, de la consolidación de una lengua propia y exclusiva, de la lucha por su emancipación frente a enemigos cuya voluntad era su destrucción, inventando traidores o patriotas según su posición ante gobiernos intrusos o extranjeros (Galasso, 2008; Ruehl, 2015, pp. 58-105).

En las islas británicas se afianzó también la idea de modernidad desde los valores asociados al capitalismo y al ascenso de la burguesía. Iniciativa individual y ciudadanía. Durante el siglo XIX los herederos de la escuela escocesa, los miembros de la llamada tradición *whig*, asociaron la idea de progreso a la finalidad de la Historia, una idea de desarrollo y cambio económico que conducía a la felicidad del género humano. Para los historiadores liberales fue el momento en el que se empezó a pensar como lo hacían los defensores de la constitución inglesa, mirando hacia atrás para contemplar cómo se secularizó la política, nació la ciencia y la razón fue sustituyendo a la religión como regulador de la vida económica, social y política. El prólogo que Mandell Creighton escribió para la Historia del Mundo Moderno publicada por la Universidad de Cambridge en 1911 es muy claro al respecto: «El desarrollo del sentimiento nacional, y su reconocimiento como fuerza dominante en los asuntos humanos, se dio la mano con otro

reconocimiento más completo, el del poder individual». La frase resume lo que se ha denominado como interpretación *whig* de la Historia (Butterfield, 1931).

La historia moderna de Cambridge se concibió como la primera empresa que pretendía una «historia moderna comprensiva del mundo», desde el siglo xv hasta el xx, desde 1450 hasta 1910. Concebida y dirigida por lord Acton, fue escrita por un selecto elenco de historiadores para recoger en sus volúmenes el relato de la modernización del mundo. Obviamente, la modernidad era intrínseca a una forma de civilización que, nacida en Italia en el siglo xv, se había convertido en norma de civilización mundial al despuntar el xx. Dentro de esa progresión hacia la modernidad, cada momento tenía una característica particular que lo identificaba con un avance o una progresión determinada siguiendo un plan: Renacimiento, Reforma, Guerras de religión, Guerra de los Treinta Años, El siglo de Luis XIV, El siglo xviii, Los Estados Unidos, La Revolución francesa, Napoleón, La Restauración, El desenvolvimiento de las nacionalidades, La Edad más reciente (*the Latest Age*). Obsérvese que por ‘contemporáneo’, se hacía referencia a un presente estricto, los dos volúmenes que lo conformaban se fijaban en temas muy actuales en ese momento, la guerra ruso japonesa, la situación de Alemania tras la caída de Bismarck, las reformas en Japón y los «últimos sucesos» (Creighton, 1913).

La visión del mundo que aportaba esta vasta colección de monografías se vio superada al concluir la Segunda Guerra Mundial, por lo que se procedió a una renovación en profundidad, en consonancia con los intensos cambios que habían experimentado las ciencias históricas después de 1917, sobre todo por el desplazamiento de la Historia política a favor de la Historia económica y social. La nueva serie mantenía el recuerdo de la división establecida en la primera: Renacimiento, 1493-1520 (1957); Reforma, 1520-1559 (1958); Contrarreforma y revolución de los precios, 1559-1610 (1968); La decadencia de España y la Guerra de los Treinta Años, 1609-1648/59 (1970); El ascenso de Gran Bretaña y de Rusia, 1688-1715/25 (1970); El Antiguo Régimen, 1713-1763 (1957); Las revoluciones americana y francesa, 1763-1793 (1965); Guerra y paz en una época de agitación, 1793-1830 (1965); El cenit de la potencia europea, 1830-1870 (1960); Progreso material y problemas mundiales, 1870-1898 (1962); El equilibrio cambiante de las fuerzas mundiales, 1898-1945 (2.<sup>a</sup> edición); La era de la violencia (1968); Volumen complementario (1979), Atlas (1970).

Si la primera serie mostraba una homogeneidad o unidad ideológica y conceptual muy clara, en la segunda no podemos decir lo mismo. Se nota en la cronología de las fechas de entrega y publicación de los volúmenes. A lo largo de los años en que el público fue recibiendo las diversas entregas de la serie, Inglaterra fue despojándose de su imperio colonial, Cambridge contemplaba cómo perdía (con Oxford) su liderazgo en el mundo anglosajón

pasando el testigo a las universidades norteamericanas de la *Ivy League*. Al principio, en la década de 1950, los volúmenes que se publicaron seguían un molde tradicional, político y cultural, pero a partir de 1960 lo económico social se sitúa como hilo conductor de la narración. La lectura de los índices de los volúmenes publicados a partir de 1960 semeja un relato del abandono del discurso *whig*. Contemplamos, entre otras cosas, la irrupción del marxismo y sus conceptos en el lenguaje académico. El reemplazo generacional, con el creciente protagonismo del grupo *Past & Present* (vinculado al partido comunista inglés) es muy notable, constatándose al mismo tiempo el retroceso de la visión complaciente de la modernidad, ligada en las primeras entregas al progreso (capitalismo, constitucionalismo y razón), que pasa a fijarse en una visión más crítica, atendiendo a los fenómenos sociales, la emancipación de las minorías, el desarrollo económico, la descolonización etcétera. La atención prestada a las revoluciones, la decadencia, la producción y el trabajo indica no sólo un nuevo lenguaje, sino también una pérdida de liderazgo en lo cultural. Así, la escuela de Hans Baron es omnipresente en las páginas dedicadas al Renacimiento; en lo institucional, Roland Mousnier dicta la idea de Estado Moderno; la preocupación por los precios y la geografía es básicamente el programa de la escuela francesa de Annales. Quizá por este motivo la segunda serie se convirtió en el epicentro de la narración histórica europea durante varias generaciones. La traducción al castellano efectuada por la editorial Sopena fue acogida en nuestro país con entusiasmo, cada volumen prologado por un especialista español simbolizó un borrón y cuenta nueva respecto a la lánguida historiografía tradicional y su declive bajo el franquismo. La adhesión de las nuevas generaciones de historiadores españoles a la historiografía europea y su rechazo a la producción nacional queda patente en dichos prólogos, si bien esta aceptación sin reservas se manifestó de forma mucho más tangible en los nuevos programas de Historia que elaboraron las universidades españolas a partir de 1981, un coitejo de dichos programas mostraría con claridad la hegemonía del modelo en nuestro país, al menos en los centros de referencia de Madrid, Barcelona, Santiago, Valladolid o Valencia. Prácticamente todos los programas de Historia Moderna que se elaboraron en nuestras universidades en las dos últimas décadas del siglo xx tuvieron presente su estructura y contenidos.

La Historia de Cambridge, sin embargo, nació en gran parte como un cadáver historiográfico. Por ejemplo, el volumen IV: *The Decline of Spain and the Thirty Years War 1609-48/59* (1970), dirigido por J. P. Cooper, está lleno de fuertes contrastes, los artículos de Roland Mousnier, Trevor-Roper y John Elliott —con un fuerte componente social y económico— sitúan la obra en el discurso historiográfico de su momento, pero chocan con un flojo y convencional artículo del propio Cooper, «La caída de la Monarquía Estuardo», que desconoce la discusión existente en ese mismo momento en la historiografía británica desde los trabajos de Christopher Hill. Es un ar-

título cuyo sentido y contenidos no son muy distintos al que Prothero redactara sobre el mismo tema en el volumen séptimo de la primera serie, la de 1911, de hecho, es un trabajo escasamente citado. El debate sobre las revoluciones modernas está ausente en dicho artículo y será todavía mucho más anacrónico cuando poco después de su publicación la crítica de la escuela revisionista obligue a repensar todo el siglo xvii británico (Lamont, 1996).

La segunda serie, como indicábamos, introdujo en el ámbito académico anglosajón los postulados de la escuela francesa de *Annales*, que proponía que la Historia fuese el punto de partida de la renovación de las Ciencias Sociales. De forma un tanto pomposa, esta autoproclamada «nueva historia» introducía nuevos conceptos y herramientas de análisis tomados de la sociología, la antropología, la economía o incluso la geografía, distinguiendo la periodización en bloques o formas distintas a las habituales. Con la distinción de estructura y coyuntura o con la problemática de la corta y la larga duración, o la atención por las mentalidades o la vida material, se rompía con los rígidos marcos cronológicos y narrativos establecidos. Con esta nueva metodología se podía historiar a partir de la familia, los alimentos, las enfermedades o el clima. Por tal motivo, las cronologías, fases o periodos eran distintos como distintos habían de ser los conceptos, ¿cómo podría periodizarse aquí? Esta apertura abría horizontes muy amplios, pero, al mismo tiempo, conducían a un callejón sin salida que el propio Fernand Braudel advirtió en un ensayo metodológico: «El historiador ha pretendido preocuparse por todas las ciencias del hombre. Este hecho confiere a nuestro oficio extrañas fronteras y extrañas curiosidades». Es decir, se difuminaba en un amplio marco de temas y problemas que no eran propios, disolviendo la Historia en las Ciencias Sociales, quedando relegada a simple laboratorio de aquellas (Braudel, 1968, pp. 60-106).

Todo había cambiado y hubo de plantearse una nueva forma de pensar históricamente. Ante la ruptura del discurso tradicional, hubo intentos de formalizar el qué y el porqué de la Historia y la función de los historiadores, cuya identidad se había disuelto en un mundo de antropólogos, sociólogos, psicoanalistas o economistas que pensaban «históricamente». Este es el caso de Michel de Certeau, quien escribió un volumen metodológico que tuvo un notable éxito, indicando cuáles eran las nuevas reglas de la escritura histórica. Los pasos por seguir, según este historiador, ya son una revelación del derrotero elegido: la fabricación de un objeto, la organización de una duración y la puesta en escena de un relato. Escribir historia es simplemente una forma de relato: «La Historia es sin duda nuestro mito. Combina lo *pensable* y el origen en conformidad al modo en que una sociedad se comprende» (Certeau, 1975).

En la década de 1990 la posmodernidad derribó los últimos consensos, en medio de una ya grave crisis de las ciencias históricas. El discurso auto-complaciente y muy apegado a la narración del orden de las cosas, al *order*

*of things* que ejemplificaba Cambridge, fue puesto en duda por la crítica posmoderna. La corriente conocida como Microhistoria, en el ámbito historiográfico, o el *Pensiero Devole*, en el filosófico, pusieron en duda las certezas de los grandes relatos y de los grandes sistemas, volvieron la vista hacia espacios minimalistas y hubo corrientes historiográficas, como ocurrió con el revisionismo inglés, que pusieron en duda los mismos relatos sin proponer ninguna alternativa. La crítica posmoderna dejó la Historia desmantelada como ciencia social, devolviéndola al lugar de las Humanidades, reducida casi a los términos en que la concibieron los griegos en la Antigüedad, como arte, postulando su diferencia con la Literatura en la distinción que hacían ellos, la Literatura cuenta cosas inventadas y la Historia cuenta cosas que han sucedido (Fiss *et al.*, 2004). Pero contar cosas que han sucedido lo puede hacer cualquiera y no parece necesaria la profesionalización. En otras palabras, la Historia es una ciencia del siglo XIX que se evapora con la desaparición del paradigma científico decimonónico, hijo de la Ilustración (Grafton, 2009).

Ciertamente, esta crisis fue contestada y rebatida, muchos historiadores consideraron estas apreciaciones posmodernas como simples excentricidades. En uno de sus últimos ensayos, Giuseppe Galasso zanjó la cuestión con un tono desafiante. Dando por supuesta la tercera edad que es la modernidad, «que ha marcado un salto de calidad en la condición humana más radical que la de la edad neolítica» e ironizando sobre lo posmoderno, que «es sólo un nuevo moderno, aún más moderno», consideraba que todas esas críticas eran modas pasajeras para llamar la atención (Galasso, 2008). Pero el laureado profesor pertenecía a una generación que se había jubilado en la década de 1990 y, aunque intelectualmente activo en el siglo XXI, estaba muy lejos de lo que otros docentes e investigadores afrontan hoy, a las puertas de la tercera década del siglo XXI, en su diario quehacer. Es un problema que se encuentra en el aula, en la impartición cotidiana de contenidos dirigidos a un alumnado heterogéneo, de procedencias y contextos familiares muy diferentes, con valores no compartidos, laicos, católicos, musulmanes, evangelistas y confucianos, por poner un ejemplo de nuestra experiencia personal y, por tanto, con ideas de la Historia diferentes.

Hoy no abordamos sólo un problema conceptual o terminológico, tal y como ocurría en las décadas finales del siglo XX, abordamos un problema práctico también complejo. Serge Gruzinski se hizo esta pregunta al abordar la docencia sobre un auditorio estudiantil que carecía de la uniformidad de antaño. Ante un alumnado compuesto por personas de múltiples orígenes, europeos, latinoamericanos, magrebíes, chinos y subsaharianos, se preguntaba ¿qué historia se puede estudiar?, ¿qué historia se puede contar cuando no hay unanimidad en los valores, las ideas, las identidades y el propio pasado personal y familiar?, ¿son posibles los grandes relatos? (Gruzinski, 2018, pp. 58-92).



El pesimismo del historiador francés era un ejercicio retórico, quería llamar la atención y buscar argumentos para legitimar su personal apuesta historiográfica, la Historia global. Mediante el ejemplo del aula pluricultural proponía la necesidad de construir una Historia que fuera de todos, que recogiese todas las variables, construyendo una narración que fuera aprehendida por aquellos alumnos que en los institutos de las zonas industriales de Francia pudiera reconocer como suya, ya fueran magrebíes, latinoamericanos, rumanos o senegaleses. Pero querer una historia de todos y de ninguno, que no fuera apropiable, como tampoco pudiese ser empleada por alguna forma de hegemonía cultural, es un deseo poco practicable. A nuestro juicio, Gruzinski incurre en una forma de comprender la Historia que se agota en sí misma, diagnostica sin ofrecer tratamiento, dado que el único modo correcto de actuación que plantea es hacer una Historia sin problema. Su forma de ver o entender el estudio del pasado puede dar lugar a hermosas y brillantes narraciones de hechos acontecidos, pero que carecen de profundidad y sentido. En donde se habla de todo y no se profundiza en nada para evitar ofensas o apropiaciones.

La Historia global, entendida como una narración dirigida a un público global afecta no sólo a la desnacionalización de los estudiantes, también quiere responder a una ampliación hacia fuera, hacia circuitos académicos que ya no se ciñen al espacio del Estado nación. El historiador global ha de proceder, desde este punto de vista, a liberarse de su propio bagaje cultural y ponerse en la piel de los otros. Según ese postulado, los investigadores deben conocer los temas tradicionales, pero también han de incorporar conocimientos sobre epidemias, comercio, intercambios culturales, antropología y cosas tan diversas como la administración otomana o los patrones judiciales de la China Ming y esto requiere una formación o un nivel de conocimientos raro y excepcional. No es posible manejar fuentes de archivos otomanos, españoles y chinos por un solo investigador, por lo que el historiador individual clásico ha de ceder protagonismo a amplios equipos interdisciplinarios e internacionales. Tal propósito obligará a revisar los patrones de enseñanza e investigación, sin saber muy bien con qué objeto o para qué, pretendiendo comparar lo incomparable, siendo sólo posible su realización con grandes presupuestos y fuertes dotaciones. No parece que aún la ciencia histórica se encuentre en condiciones de afrontar la historia del mundo en su globalidad y, como muy bien ha señalado Manning, a esta forma de Historia le precede la invención de un objeto, la creación de algo inexistente, como es un pasado global (Manning, 2003).

En el ámbito confuso al que han llegado algunas corrientes, como la denominada Historia cultural, parece que estudiar el pasado es casi un pasatiempo, saber por saber, abrir un baúl de recuerdos o un sucedáneo de máquina del tiempo. Los historiadores culturales proponen vivir la Historia como un parque temático, en el que se muestran curiosidades, recreando

un tiempo y un espacio perdidos que se puede visitar como un país extranjero o un sitio lleno de rarezas. Algunos excesos de la llamada Historia Cultural conducen precisamente a eso, a un tour turístico en el que se nos cuentan cosas de la gente del pasado. Es una Historia amena, entretenida, pero sin problema (Koslovsky, 2011; Platt, 1994).

En estas corrientes, diversas y cuyo enunciado llenaría mucho más espacio del que disponemos, no podemos dejar de lado el creciente interés por la relación entre Historia y Memoria y lo que esto supone. Afirma Pierre Nora que «el historiador es un árbitro de las diferentes memorias». Para el creador de esta corriente historiográfica, la memoria se presenta como gestión o administración del pasado desde el presente, siendo el historiador el encargado de dicha actividad (Pierre Nora, entrevista en *Letras Libres*, 1 febrero 2018). La reducción del pasado a memoria convierte a los historiadores en notarios o registradores de agravios y debeladores de ignominias. Son ellos los que administran, guardan y distribuyen lo concerniente al pasado. La Historia, desde esta perspectiva, se transforma en un archivo de valores, buenos y malos, que son memorables para seguirlos o para repararlos. Los custodios de la memoria deciden cómo han de recordarse las cosas y deciden cuáles han de repararse desde el presente. Como han subrayado algunos expertos, la confusión entre historia y memoria es un asunto complejo, pues atiende a la aprobación de la opinión pública y busca su satisfacción. La gestión de la memoria y la legislación sobre esta materia normalmente forma parte de un debate social, se vehicula en los medios de comunicación social, tiene un contenido moral de reparación y está vinculado a intenciones políticas, siendo una práctica que puede afectar de forma directa a la libertad académica al imponer nuevas formas de censura y de prohibición que no siempre son explícitas (Barkan y Karn, 2006; Kuijpers, Pollmann, Müller y Steen, 2013).

Con todo, la Historia debe ocupar el lugar central que le corresponde en las Ciencias Sociales y las Humanidades. Porque, por muy multicultural que sea una sociedad, tiene un pasado, un porqué y un relato de cómo ha llegado al presente. Toda comunidad tiene un relato de su acontecer, y por tanto una comunidad formada por gentes de diversa procedencia, si está en un espacio compartido, tiene también un pasado compartido. Justamente, la Historia Moderna «temprana», como disciplina y como campo de estudio, sirve perfectamente para acotar el sentido y la pertinencia de la Ciencia Histórica como veremos a continuación.

### **Historia Moderna (temprana): una disciplina**

La Historia Moderna (temprana, si nos movemos en el ámbito germánico y angloparlante) es una disciplina muy joven, su origen está ligado al final de las dos guerras mundiales del siglo xx, a la nueva forma de contemplar

el pasado después de la desaparición de las formas políticas y sociales imperantes en Europa desde 1815. La división de la Historia no en tres sino en cuatro edades: Antigua, Media, Moderna y Contemporánea, cobró carta de naturaleza en el mundo académico a mediados del siglo xx. Esta división nació en una tradición historiográfica muy concreta, la francesa, que puso una fecha final a la modernidad creando una nueva edad, la contemporánea. Su fundamento sería la distinción y definición que hizo Tocqueville del Antiguo Régimen, siendo la obra de Hippolite Taine *Les origines de la France contemporaine*, publicada entre 1875 y 1893, la que distinguió con precisión la nueva era nacida de la modernidad. El primer volumen, *L'Ancien Régime* (1875), dividió la modernidad en dos tiempos, señalando la singularidad de lo contemporáneo que dejaba atrás un tiempo caduco y aún muy cargado de rémoras premodernas, aún dominado por la religión y el privilegio, mientras que lo contemporáneo se introducía ya en la libertad política, económica e individual. Vinculado al pensamiento republicano y dada la identificación de esta lectura de la Historia de Francia con dicho modelo político, no será hasta el periodo de entreguerras, de la mano de la escuela de Annales, y más adelante por obra y gracia de los historiadores de la economía y la sociedad, cuando se asiente definitivamente la consideración dúplice de *Histoire Moderne et Contemporaine* previa a su separación en dos ámbitos académicos diferenciados. En España e Italia, satélites de la historiografía francesa en los años de posguerra, se siguió esa misma idea. Giuseppe Galasso lo recordaba apuntando que fue en los programas universitarios elaborados por Federico Chabod en 1945 cuando se separó la Historia Moderna de la Contemporánea en los planes de estudios italianos, con una intención didáctica y organizativa que obligó a especializarse a los docentes e investigadores en dos ramas separadas. Pero más allá del acto administrativo, tras la reforma educativa propiciada por Chabod en la naciente república italiana, pesaba una periodización cuyo fundamento seguía los pasos de Annales y de la tradición republicana francesa. Algo parecido, pero más lento y tardío, fue el proceso seguido en España. Miguel Artola introdujo ese cambio en lo intelectual en 1958 al publicar su *Orígenes de la España Contemporánea*. Prefería seguir a Taine y distinguir en la modernidad un Antiguo Régimen lastrado de supervivencias feudales y una contemporaneidad definitivamente comprometida con un mundo racionalmente organizado, así se comprende en la popular Historia de España que coordinó para las editoriales Alfaguara y Alianza Editorial en 1974, distinguiendo el Antiguo Régimen español en dos fases, los Austrias y los Borbones. No obstante, existía un consenso de fondo, los estudios sobre la transición del Antiguo Régimen a la Edad Contemporánea permitieron que a finales de la década de 1970 se diferencien los dos ámbitos, Moderna separada de Contemporánea, en los estudios universitarios españoles.

En Inglaterra y Alemania, Renacimiento y Reforma habían sido los signos de la modernidad y a comienzos del siglo xx sus historiografías estaban muy lejos de admitir una cisura en el progreso, la gran empresa editorial de Cambridge en 1911, que ya analizamos en páginas anteriores, daba buena cuenta de ello, como también lo hacía la monumental Historia Universal dirigida por Walter Goetz en Alemania (*Propyläen-Weltgeschichte*, 11 vol., 1929-1933). Sin embargo, como ya indicamos, después de 1945 no parecía posible mantener un discurso de la modernidad vinculado al progreso y la civilización. Contemplando las atrocidades vividas entre 1914 y 1945, la idea de una progresiva mejora de la justicia, la seguridad, los derechos individuales y la calidad de vida no correspondían con lo que estaba sucediendo. Es interesante observar que en Alemania «Frühe Neuzeit» (Alta Edad Moderna) fue utilizado por vez primera por Wilhelm Kamlah en 1957, que acuñó este término para resignificar el discurso nacionalista e identitario ligado a «Neuzeit» (Edad Moderna). Así, la Edad Moderna «temprana» era un tiempo de cambio, no de progreso, de transformaciones en las que diferentes sociedades se adaptaron, aprovechando o sucumbiendo ante nuevos retos que plantearon diversos acontecimientos como fueron la imprenta y la reproductibilidad mecánica de los libros (revolucionando la lectura, la edición y el acceso al conocimiento), los descubrimientos geográficos o la ciencia. Ese tiempo dinámico es diferente respecto a la quietud de la Edad Media. Aunque su visión es discutible, no cabe duda de que el progreso de lo nacional ya no constituía en la historiografía alemana el hilo argumental del relato, sino la interpretación del cambio social y económico. Por eso mismo, Reinhard Koselleck quiso adaptar el discurso histórico alemán al de Annales e introducir la noción de contemporaneidad separada de lo moderno basándose en el principio de libertad individual, advirtiendo que en el siglo xix en Alemania hubo un discurso no nacionalista que contempló lo contemporáneo (*Neuesten Zeit*) asociado al calendario revolucionario y al liberalismo. Su propuesta no pudo romper del todo con la tradición, pero ha contribuido a que hoy no se discuta la distinción de dos tiempos en la modernidad, uno temprano y otro contemporáneo (Reinhard, 1998).

Este cambio donde mejor se aprecia es en la *Historia Universal* publicada por Fischer Verlag (Fráncfort del Meno, 1982), un proyecto pensado como alternativa respecto a Cambridge. A diferencia de la colección inglesa, se fijó una nueva lectura dividiendo con claridad la modernidad con una nueva periodización que se fijaba más en lo económico-social marginando lo político y lo nacional. Esto es algo que en la traducción española publicada por Siglo XXI no se aprecia con claridad, pues «Frühe Neuzeit» se traduce como «el comienzo de la Edad Moderna» cuando lo correcto hubiera sido «la Edad Moderna temprana» o simplemente «la Edad Moderna». Richard van Dülmen, autor del volumen, reinterpretaba su significa-

do: «La aparición de la Edad Moderna se vio condicionada por una prolongada combinación, muy compleja y discontinua, del sistema feudal y la racionalización social, no siendo posible adscribirla a un periodo de tiempo determinado. Se halla enmarcada dentro de un proceso de transformaciones a largo plazo que se inicia en la Baja Edad Media y no concluye hasta muy avanzado el siglo XVIII». Lo que había que estudiar no era un marco temporal, sino un ambiente en el que coexisten cuatro estructuras definitorias de la Edad Moderna: a) «el proceso de formación del sistema capitalista mundial»; b) «la creación del primitivo Estado Moderno»; c) «el establecimiento de la sociedad estamental»; d) «manifestaciones culturales que no eran la expresión de una escala de valores diferenciada del mundo social, sino que, como formas de convivencia social, contribuyeron al nacimiento de la sociedad moderna» (Van Dülmen, 1984, pp. 1-7).

En el ámbito académico angloamericano esta distinción fue más tardía. No hay constancia de que antes de 1960 se distinguiese una «temprana Edad Moderna» (*Early Modern History*) y se atribuye la aparición del término a la influencia del marxismo y de la escuela francesa de Annales. Su inclusión normalizada en los programas de estudio universitarios o en los contenidos curriculares no llega a establecerse hasta bien entrada la década de 1980. Parece ser que el término apareció por vez primera durante los debates sobre la crisis del siglo XVII organizados por el grupo de *Past & Present* en Cambridge y Oxford. Una asociación de historiadores británicos vinculada al partido comunista y en la que destacaban historiadores marxistas como E. P. Thompson o Eric Hobsbawm, que impulsaron interesantes debates en la década de 1950 y que en 1952 crearon una importante revista con el nombre del grupo, publicación que fue pionera en el desarrollo de la historia social. Al calor de dichos debates se utilizó por vez primera *Early Modern History*, y fue Helmut Koenigsberger, dándole una significación muy parecida a *Frühen Neuzeit* al debatir sobre la crisis del siglo XVII. En 1966 el término cobró un significado fuerte cuando este historiador, junto con John H. Elliott, creó *The Cambridge Studies in Early Modern History*. No debe desdeñarse el dato de que Koenigsberger no era británico de nacimiento, sino un refugiado alemán, huido del nazismo, que conocía bien las formas conceptuales de la tradición germánica y recientemente naturalizado inglés (Rodríguez-Salgado, 2014). Como señala Hamish Scott, no se trataba de un concepto sino de un término, que ganó popularidad porque supuso una reacción contra el elitismo y el liderazgo de los estudios literarios y artísticos en el ámbito historiográfico británico, fijándose el foco de atención en la sociedad y la economía, definiendo el pasado a partir del cambio social y no de los cambios culturales de las élites. La colección de Cambridge fue un distintivo o referente, utilizado por los historiadores para acentuar su adscripción, diferenciándose respecto a la tradición whig, asociándose al grupo de *Past & Present*, que se alejaba de